

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05 "
Idem atrasado.....	0,10 "

ANUNCIO

A voluntad de sus dueños se vende una casa situada en la calle del Comercio, núm. 23, moderno.

Para el precio y condiciones dirigirse á la calle de San Ginés, núm. 2, zapatería.

El aniversario.

(Continuación)

[Superstición] [Fanatismo] Hé aquí dos palabras que reproducen a cada momento los tiempos, ó los que pretenden parecerlo, cuando del Catolicismo se trata, y que me traen á la memoria las frases del insigne dramaturgo inglés Shakespeare: «palabras, palabras y palabras». Porque, ¿qué es superstición? Un libro tan pequeño como profundo, y que no holgaría aprenderse muchos antes de hablar de estas cosas, la define así: «culto vicioso». Y rendir á Dios el culto en aquella forma y manera, que Él mismo ha revelado, con caracteres indubitables, ¿puede ser superstición? [Fanatismo] Si los que con tanta frecuencia reproducen esta palabra, sin tener muchas veces otro fundamento que los loros para reproducir otras, consultaran el Diccionario, encontrarían que fanatismo significa: «exaltación, exageración, preocupación tenaz de las opiniones religiosas erróneas» (1). Ahora bien, las opiniones religiosas confirmadas con lo sobrenatural, ¿podrían calificarse de erróneas, y, por lo tanto, de fanatismo? ¿No vendría este calificativo más bien á la incredulidad que tenazmente se ofusca respecto al Catolicismo, á pesar de las incontestables pruebas con que éste comparece en medio de la humanidad? Tiempo es de que vayamos reconstituyendo términos; pues no pueden ser fanáticos sino los que, dejándose llevar de opiniones humanas más ó menos falibles, pueden ser inductores ó inducidos al error aferrándose á su tenaz defensa.

Los acontecimientos de Lourdes, que venimos exponiendo, nos mostrarán dónde está la superstición y el fanatismo.

Estas dos palabras sonaron en labios de los impíos desde el primer día de las apariciones. [Cómo, decían, dar oídos á la palabra de una niña sin edad y sin discernimiento! ¿Quién no ve aquí una comedia urdida tal vez por el partido clerical para reprobados fines! Y cuando el examen de los éxtasis repetidos hicieron pensar de otro modo á las personas juiciosas é instruidas, la incredulidad, aferrada en la negación, variaba de medio, «es la catalepsia, decía la perturbación nerviosa y muscular, de la exaltación del fanatismo». Los Médicos, los frenólogos, los mesuristas ensayan en la ciencia sin poder dar gusto al Prefecto, que desea un informe que le permita recluir la niña. Brota la fuente, y la incredulidad no ve más que una charca—que arroja al Gave 122.400 litros por día!—Se producen curaciones en que la ciencia ha reprochado lo sobrenatural, pero esto no puede quebrantar la tenacidad de los incrédulos: «es la alucinación, la sugestión, la fuerza de la imaginación». ¿Y por que los Médicos no mueven estas fuerzas en la mayor parte de los casos como sabe hacerlo la humilde pastora?

Pero donde mejor puede estudiarse la marcha de la impiedad en Lourdes, es en la Prensa

contemporánea. *El Lavedán*, periódico impío de la localidad, decía en 18 de Febrero: «Tres niñas de corta edad habían ido á recoger ranas de arboles, resto de una corta hecha á las puertas de la población. *Sorprendidos por el propietario*, huyeron á todo correr y se refugiaron en una de las grutas próximas al camino de la selva de Lourdes». Así, con la baba inmundada de Volter, la calumnia, se buscaba poner un fundamento criminal á un hecho divino. «La joven, escribía más adelante, acudo todas las mañanas á rezar á la entrada de la gruta con un cirio en la mano, escoltada por más de quinientas personas. Allí se la ve pasar desde el mayor recogimiento á una dulce sonrisa, y volver á caer luego en un estado extático de los más pronunciados». Tantos testigos hacían difícil desfigurar en la localidad los hechos! Terminaba el periódico prometiendo tener al corriente á sus lectores.

Y en efecto. A una parte de la Prensa parece que el demonio mudo de que nos habla el Evangelio, le ha obstruido la garganta, cuando á sus fines no convienen los hechos; de aquí la *conspiración del silencio*: y cuando arrastrados por los acontecimientos se ven forzados á hablar, es para quedar en la picota del ridículo. Véase la muestra. Sobre aquellas escenas sorprendentes que se realizaban en presencia de grandes multitudes; sobre el brote milagroso de la fuente y los primeros prodigios que los hombres de ciencia y testigos numerosos presenciaron, juzga prudente callar. En la primera semana de Abril escribía estas palabras: «Desde el famoso día 4 de Marzo (1) Bernardita ha sido sobria en sus visitas á la Gruta: apenas ha vuelto dos ó tres veces. En una de sus visitas ha podido asegurarnos un testigo (2) que estando en éxtasis la había visto con la mano en contacto con el cirio, sin sentir el más leve dolor. Excusado es decir que esto lo habrán mirado como un milagro». Esto, como se ve, raya en lo ridículo y en lo inusitado. El periódico encuentra un sólo testigo, que afirma que Bernardita tenía la mano en contacto con el cirio, sin dolor; la noticia no nos parece muy peregrina, porque esto ocurre á todos, y no era el caso ni para buscar testimonio ajeno ni para dar la noticia en un periódico tan parco en emitirlos. ¿Pero cómo decir que la mano era en la llama donde estaba? Y de aquí la osadía de la observación última. Porque, ¿de dónde el *Lavedán* saca que es un hecho ordinario tener la mano en la llama y no quemarse?

La *Era Imperial*, órgano de la prefectura, sostiene en 8 de Mayo de aquel año, que rezar en la Gruta era un ataque á la *Autoridad eclesiástica* (?) y civil. Ya enseñaban la... los precursores de algunos liberales (?) de nuestro tiempo. El mismo periódico escribía el 6 de Mayo: «Útil es decir que la famosa Gruta derrama á borbotones los milagros, inundando con ellos nuestro departamento. Por todas partes se hallan gentes que refieren las mil curaciones obtenidas mediante el uso de una *agua sucia*. Así, y no pudiendo negar el testimonio público de la opinión que tenazmente contrariaba, venía á constituirse en prueba del testimonio de las multitudes.

Lo *Siecle*, de 30 de Agosto, publicaba un artículo de su conecpico Redactor Sr. Bernad, que decía: «Pareceos difícil que del alumbramiento verdadero ó falso de una muchacha de catorce años y de una filtración de agua pura en una Gruta, se llegue á sacar un milagro.» [Ya lo creo que es difícil al parecer del Sr. Bernad! Pero, ¿lo sería igualmente para Dios? Porque aquí podríamos decir como Galileo, *epur si moue*. El milagro existe en Lourdes, y aún se multiplica y perdura, y hasta estamos tentados de calificar al Sr. Bernad de testigo de mayor excepción, puesto que no se atreve á calificar en absoluto de falsa la alucinación de la muchacha; áfirmar además una filtración, que antes era desconocida, y la pureza de las aguas (así resultaba de diferentes análisis) con-

tra sus propios colegas, que para eludir el milagro, les supusieron elementos minerales. No hemos de citar más testimonios para no alargar este artículo con molestia de nuestros lectores.

J. M. Campoy.

(Continuación.)

ORIGEN DEL CALOR DEL SOL

¡El calor del Sol! Ambición unánime de mis queridos lectores en estos destemplados días del crudo invierno que estamos atravesando, con el cual recobran su agilidad nuestros aterrorizados miembros y la animación nuestro contrahído semblante; porque el calor es la vida y el movimiento y su el del Sol además recibimos un verdadero baño electromagnético, que no sólo repara nuestra energía, sino que nos libra de multitud de enfermedades, por ser el más poderoso de los desinfectantes; así es que puede decirse que es una verdad científica el afirmarlo de que *donde entra el Sol no entra el Médico*.

Ese hermoso astro del día, centro de calor, luz y vida, se presenta á los ojos del astrónomo como el instrumento por medio del cual nos comunica el Omnipotente casi todos los beneficios que recibimos es el orden físico. Harto atrevimiento es en un ínter, la discusión de las causas que puedan originar la constancia en la irradiación de su calor y la compensación que sin duda debe tener, por las enormes pérdidas de materia combustible, que constantemente sufre; mas aunque carezca de luz y de antecedentes precisos, que me conduzcan á un profundo conocimiento de la naturaleza universal, séame permitido siquiera, recoger, como en precioso ramillete, las distintas opiniones de los sabios que en tan interesante asunto se han ocupado.

Muchas son las propiedades que podemos analizar en el Sol, y estas son y han sido objeto de grandes obras, debidas á eminentes observadores que no cesan de descubrir en él, nuevos secretos, oscurecidos á pesar de sus raudales de luz, pudiendo á contribución todas las ciencias naturales; por lo que ha dicho el sabio P. Sechi: *Que siempre que la Física general ha hecho una conquista, la Física solar ha dado un paso*.

Me propongo discurrir tan sólo sobre el principal agente físico del Sol en nuestra naturaleza, esto es, del calor. ¿De dónde procede éste? ¿Cuál es la causa de que el padre de los planetas conserve su potencia calorífica estando sin cesar irradiando considerables cantidades de calorías, y esto por espacio de un crecido número de siglos?

El volumen del sol, según los cálculos más recientes, es 1.259.712 veces el de la Tierra (1). Ahora bien, si suponemos á ésta de carbón y con una irradiación igual á la de aquél, no produciría más que el calor necesario para 36 horas; por consiguiente, el Sol emplearía en consumirse totalmente 45.394.632 horas, ó sean 5.176 años, 1 mes y 28 días. Al no suceder así, es evidente que algo hay que alimente á ese espléndido astro; y esto es tanto más cierto, cuanto que hay un principio comprobado por la ciencia, que dice: *En la naturaleza nada se aniquila, sino que todo se transforma ó modifica al descomponerse*.

Según las teorías de Laplace y las opiniones generalmente admitidas en la Cosmogonía moderna, nuestro sistema planetario no es más que el resultado de la condensación de una primitiva substancia que necesariamente tuvo que ser *cruda*, á la que se le ha dado el nombre de *materia cósmica*, de la cual aún existen innumerables ejemplares que se presentan en el firmamento á manera de nubes, algunas perceptibles á simple vista, por lo que se les llama *nebulosas*; induciendo ésto á suponer que no haya cesado aún la formación de sistemas planetarios.

Toda la materia que hoy tienen el Sol y los planetas, compusieron en un cierto tiempo un sólo y mismo cuerpo, del que fueron desprendiéndose anillos mediante la condensación sobre determinados núcleos más ó menos redondeados, en los que se establecieron otros tantos centros de atracción, dando origen estos desprendimientos sucesivos, con su incesante condensación, á los planetas, y á su vez, algunos de ellos, desprendieron otros anillos que, sujetos á las mismas causas, formaron los satélites; siguiendo todos girando al rededor del núcleo central mediante esa combinación de misteriosas fuerzas llamadas *centrífuga* y *centrípeta*.

De lo dicho se infiere que todos los planetas y el Sol gozan de la misma naturaleza, debiendo ser la única diferencia esencial que en ellos se encuentra, la del estado de los elementos constituyentes.

Considerando el modo como estuvo repartida primitivamente dicha materia á diversas distancias del Sol, se ha venido á deducir que, al condensarse éste sobre sí mismo, ha tenido que desarrollar una inmensa cantidad de calor, capaz de elevar su temperatura casi al mismo número de grados que pierde por radiación (1).

Admitiendo la hipótesis que acabo de exponer, tendríamos necesariamente que admitir, que no puede ser sólido el globo solar; pues serlo, no podría contraerse libremente ni sufrir condensación alguna capaz de producir las enormes cantidades de calor, precisas para conservar la energía en el mundo sideral y la vida en los planetas; de suerte, que tan sólo el estado de fluidez se presta á sustentar esta teoría.

Algunos físicos modernos afirman que entre el estado sólido y el líquido, existe otro intermedio, que llaman *pastoso*, poco extenso por la falta de presión necesaria á sostenerlo, y es muy posible que en el Sol, dadas las condiciones apuntadas, persista dicho estado intermedio, el cual haga desarrollar constantemente en la fotosfera una gran cantidad de calor, por la condensación de los gases de que se compone, que puedan llegar á reparar las pérdidas ocasionadas por la irradiación, y con ésto poseer un verdadero manantial de calor.

El número de calorías á que se eleva la temperatura del Sol, no puede determinarse con exactitud, mas Pouillet ha calculado que la disminución de calor no excede de un grado por cada siglo, y que en el período de formación del sistema, la temperatura debió ser mucho más elevada que la actual: tanto, que en los 59 siglos que se suponen de existencia al hombre, debe haber perdido hasta 59° de calor, que hubiera sido muy sensible en nuestra Tierra, á no ser por el calor de su fuego central, que aún conserva, y que la hace mantener su atmósfera en equilibrio.

El Doctor Siemens ha sostenido otra teoría: supone que el espacio interplanetario no está ocupado por el éter desconocido, sino por una atmósfera de hidrógeno muy sutil, y que el Sol, en su veloz movimiento de rotación, impulsa energicamente á dicha materia hidrocarbonada y oxigenada, que cediendo á la presión de la fotosfera, se calienta hasta el punto de inflamarse, produciendo las llamas que aparecen en las protuberancias.

Admitiendo esta hipótesis, observáramos que si el Sol emplea 25 días de los nuestros en girar sobre su eje, debe, efectivamente, desarrollar por rozamiento, sea con el éter ó con la supuesta atmósfera de hidrógeno y sus compuestas, calor y luz; pero esta opinión tiene en su contra la de que debían desarrollarse igualmente dichos agentes en los planetas, que ejecutan sus rotaciones con mayor rapidez que el Sol, y estos fenómenos vemos evidentemente que no se verifican.

Thomson, uno de los físicos contemporáneos más eminentes, con motivo del estudio que hizo de un grupo de manchas en el disco solar, aparecido el 11 de Enero de 1886, ha dicho que el secreto de la fuerza calorífica del Sol y su estado de conflagración constante, se explica admitien-

(1) Último día de la quincena.
 (2) Presenciaron este hecho 9.060 personas; 4.822 de Lourdes y 4.238 forasteros, según la cuenta que dieron al Alcalde sus Agentes.—Carta al Prefecto, núm. 96.

(1) Flammarion, en sus *Maravillas Celestes*, lo eleva á 1.260.000; mas los cálculos que cito son hechos con posterioridad á la publicación de su citada obra.

(1) Hall y otros astrónomos han averiguado que para compensar estas pérdidas basta con que el Sol se contraiga anualmente 89 metros 15 centímetros.

(1) Dícese también de las polítonas.